

MIRCEA ELIADE

VIAJE AL MUNDO MAYA

(FRAGMENTOS DE UN DIARIO)

Mircea Eliade ha indagado sobre el simbolismo religioso desde un espectro que abarca la casi totalidad de las expresiones religiosas humanas, desde los monumentos teológicos de la India védica y la Grecia clásica hasta las formas chamánicas de los yakuts y kamtchadales. En la certeza de que el ser humano es por excelencia un homo symbolicus, Eliade analiza, desde la perspectiva de la ciencia de las religiones, los infinitos meandros del símbolo y sus significados. ¿Qué revela, qué muestra el símbolo como símbolo religioso?

Ante todo, muestra que los símbolos religiosos que señalan la estructura de la vida revelan una existencia más profunda y misteriosa que la conocida a través de la experiencia diaria. Muestran el lado milagroso e inexpressable de la vida y, al mismo tiempo, las dimensiones sacramentales de la existencia humana. “Descifrada” a la luz de los símbolos religiosos, la vida humana revela un lado oculto; proviene de “otra parte”, de lejos; es “divina” en el sentido de ser obra de dioses, de seres sobrenaturales.

La asombrosa capacidad de interpretación de Eliade, su profunda erudición y vasta cultura, parecieran indicar también que existe una especie de instinto de hermeneuta en todos los grandes historiadores. Ese instinto lo lleva a concluir, a través de indagaciones que son un monumento a la investigación, en la fundamental multivalencia del simbolismo religioso; en su capacidad para expresar simultáneamente un número de significados cuya relación no es evidente en el plano de lo inmediato. Pero él conduce su análisis —su lectura del mundo ‘trascendente’— más allá, y llega a subrayar el valor existencial del simbolismo religioso, es decir, el hecho de que un símbolo señala siempre una realidad o situación en la que se encuentra comprometida la existencia humana.

Mircea Eliade nació en Bucarest y vivió en la India de 1928 a 1932. Preparó su tesis de doctorado sobre el yoga y enseñó filosofía en la Universidad de Bucarest. Conoce profundamente el sánscrito, además de griego, latín, francés, alemán, inglés, italiano, hebreo y persa. Agregado cultural en Londres, posteriormente en Lisboa, fue profesor de L’Ecole des Hautes Etudes y comenzó a escribir directamente en francés. Enseñó en la Sorbona y en diferentes universidades europeas y es profesor titular de la cátedra de Historia de las religiones, en la Universidad de Chicago. Investigador, historiador de las religiones, filósofo, ensayista, catedrático, Eliade es también un gran novelista tanto en lengua rumana como francesa. Su obra narrativa, inscrita en el dominio de lo mágico, participa de un elemento fantástico. Ésta fue de hecho la primera de sus pasiones y ciertamente no la última, ya que en sus Diarios se encuentra un gran número de anotaciones realizadas en diferentes tiempos sobre la labor literaria y sobre su deseo de ser, sobre todas las cosas, un hombre de letras. Sus temas relevantes en la ficción son, entre otros, la intemporalidad del alma y del cuerpo, la irrelevancia del espacio físico, la sobrenaturalidad. Entre sus obras novelísticas se destacan La noche bengalí, El bosque prohibido, El secreto del doctor Honigberger, Medianoche en Serampor, Naitreyi. Pero sería un error sostener que el novelista vive en conflicto con el sabio. No se debe pretender encontrar en sus novelas una ilustración de

sus teorías como filósofo o historiador. Los temas propios del pensador persisten en el novelista, pero no están presentes en su obra sino para nutrir su substancia épica. Sus libros de investigación más importantes son Yoga, inmortalidad y libertad, El mito del eterno retorno, Mito y realidad, Mitos, sueños y misterios. Imágenes y símbolos, La nostalgia de los orígenes, El chamanismo, De los primitivos al Zen, Tratado de historia de las religiones, que culminan en la monumental Historia de las creencias y las ideas religiosas en cuatro tomos, empezada en 1976.

En 1965 Eliade vino por vez primera a México a impartir un curso de hinduismo; el registro de esa estancia se publicó en la Revista de la Universidad de México con el título de Diario mexicano; las siguientes páginas describen el segundo viaje al país, hecho trece años después con el exclusivo propósito de recorrer la zona maya.

DIARIO

16 de diciembre de 1978

Desde hace algunos días no hago otra cosa que leer pruebas de examen y escribir cartas. He escrito unas veinte y dictado otras tantas a Katherine Bell. Por otra parte, no hubiera podido hacer otra cosa, tanto pienso en mi próxima partida a Yucatán y Guatemala en compañía de Paul Ricoeur y su mujer. Como la partida está prevista para pasado mañana, no puedo emprender ningún trabajo serio, ya se trate de la revisión de la tercera parte de la *Autobiografía* o de mi *Diario*, o incluso de mi novela *Las diecinueve rosas*.

Este mediodía, larga conversación con J. P., que ha llegado de Montreal hace dos días. Prepara una tesis sobre mí y ha leído todo lo que ha podido encontrar, incluidas mis novelas cortas traducidas por Mary Stevenson y que aún no han sido publicadas. Sus preguntas son muy pertinentes, pero yo me pregunto si mis respuestas le serán de alguna utilidad. Por una parte, la “inspiración” me abandona cuando tengo la impresión de repetirme, sobre todo si estoy a solas con mi interlocutor. Ante toda una clase, la relación se da de otra manera, pues yo no sabría exigir de los alumnos que conozcan mis ideas sobre la materia de los cursos. Por otro lado, a medida que J. P. me hablaba de aquello que le interesaba de manera particular (la semiótica, el psicoanálisis, etcétera), me sentía cada vez menos atañido por nuestro diálogo. He perdido demasiado tiempo, cuando era joven, y aun mucho después, en semejantes “diálogos de sordos”.

Mérida (Yucatán), 18 de diciembre

Para estar seguros de no perder nuestro avión hacia Memphis, que debía partir esta mañana a las siete cuarenta, hemos preferido pasar la noche en el Hotel Hilton, en el recinto

mismo del Aeropuerto. Mala sorpresa: una recámara con baño nos cuesta cuarenta dólares, con el ruido sobre nosotros de todos los despegues y aterrizajes que se efectúan durante la noche.

Desayuno en Memphis, donde esperamos durante una hora para hacer conexión con el vuelo a Nueva Orleans. Un tercer aparato nos deposita al fin en Mérida a las dos de la tarde. Desde el instante de descender del avión el calor nos sorprende como un fuetazo: más de 32°C, mientras que esta mañana en Chicago la temperatura se avecinaba a los 0°C. Nuestras recámaras son discretas en el hotel María del Carmen. Jardín tropical, con su piscina ritual rodeada de mesas redondas sobre las cuales multicolores parasoles arrojan un poco de sombra. En el vestíbulo, un árbol de Navidad con sus lámparas eléctricas, muy como en los Estados Unidos, y valijas por docenas: un grupo de turistas norteamericanos se prepara para salir.

Hemos ido a pasear al centro de la ciudad. Magnífico jardín público, en la Plaza Mayor, donde se sitúan la catedral y el palacio de gobierno. Bajo las arcadas de estilo hispanomorisco, las tiendas, los cafés, los restaurantes, se estrechan entre sí. Paul Ricoeur, guía en mano, nos da algunos datos elementales: Mérida, capital de Yucatán, fue fundada en 1542 en el emplazamiento de Tihó, antigua metrópoli maya. Tihó fue destruida, pero los bloques de piedra, algunos de los cuales estaban adornados con finas esculturas mayas, fueron recuperados para edificar la catedral (siglo XVI), la Casa Montejo y otras mansiones aristocráticas españolas. El ejército que tomó posesión de Yucatán estaba comandado por don Francisco de Montejo y León. La Casa Montejo, nos dice Paul Ricoeur citando su guía, es hoy la más antigua casa privada en toda América ocupada por los descendientes directos de quienes la construyeron.

Regresamos a nuestro hotel en una pequeña calesa tirada por un solo caballo y cenamos allí mismo. El restaurante, vetusto, melancólico, me hizo pensar en los descritos por Eça de Queiroz a fin de siglo. Pero ¿dónde?, ¿en qué novela?

Uxmal, 19 de diciembre

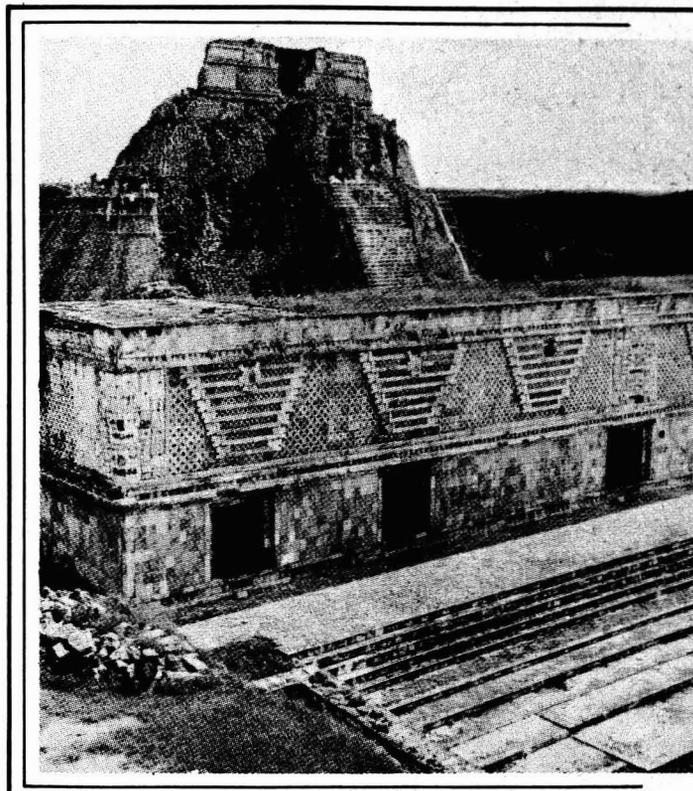
Esperando conciliar el sueño, leí buena parte de mi documentación sobre las civilizaciones mesoamericanas.

Hacia el mediodía, un coche de alquiler nos llevó a Uxmal en menos de una hora. El chofer estaciona su auto a la sombra y nosotros nos dirigimos hacia las ruinas. El primer monumento que visitamos es la pirámide llamada "del Adivino", que fue restaurada bajo la dirección de César Sáenz. Se la llama también la Casa encantada. De hecho, estamos en presencia de un conjunto de cinco templos, edificados cada uno en épocas diferentes. Trepamos penosamente los escalones de piedra y hacemos alto al cabo de una cincuenta para contemplar los edificios vecinos después de haberlos señalado en el plano. Algunos esperan aún ser explorados a fondo. De entre nosotros, sólo Paul se impuso subir los escalones hasta el fin, con el objeto de asegurarse una vez más de que los vértigos y el mal de pecho, que le hicieron pasar diez días el último mes en la clínica de la Universidad, no eran de origen cardíaco.

Vimos en seguida, justo al lado, el cuadrilátero de Las Monjas, donde deberemos asistir esta noche a un espectáculo de Luz y Sonido. Me contento con anotar al margen de la guía —pero sus márgenes son muy estrechos— algunas indicaciones que desarrollaré más tarde, cuando tenga calma. Precisamos una media hora para trepar al Palacio del Go-

bernador; después descendemos hasta la explanada del Juego de Pelota. Se trata de un rito que me apasiona desde hace mucho tiempo y que espero tratar con más detalle a lo largo del capítulo de *Historia III* consagrado a las religiones mesoamericanas. La Casa de las Palomas merece también ser vista. Está en vías de desaparición. Aunque pasamos una buena media hora contemplándola, no logré descifrar el escenario.

En el fondo, son las decoraciones en estuco de los muros exteriores las que hacen toda la belleza y el valor del sitio de Uxmal y le dan todo su sentido. No se puede sino quedar fascinado a la vista de ese bajorrelieve, por ejemplo, que ornamenta uno de los muros de la pirámide del Adivino, y que representa una cabeza de hombre emergiendo del hocico de una serpiente emplumada de *quetzal* (según César Sáenz, la



Uxmal, la pirámide "del Adivino"

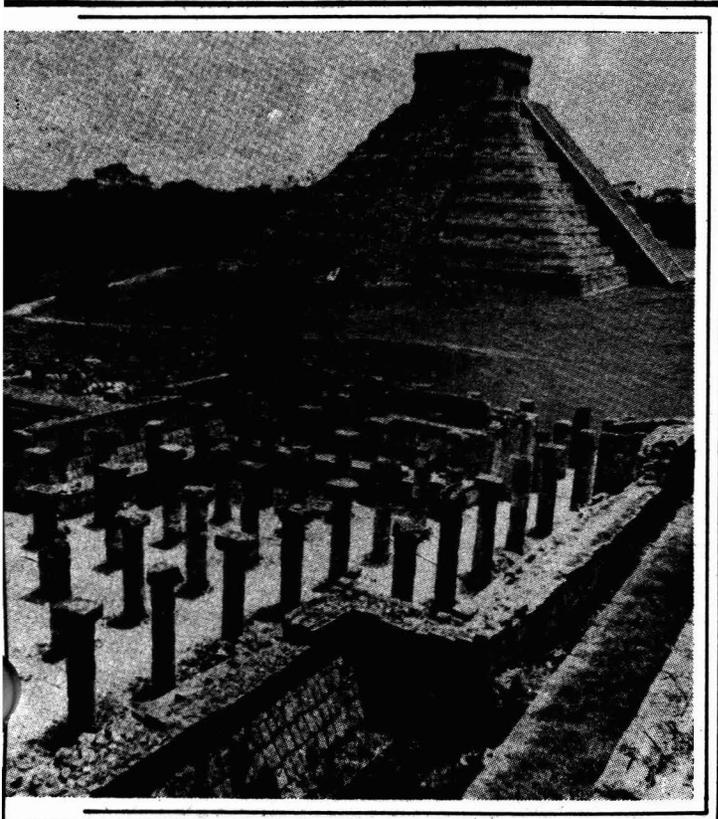
serpiente simboliza al sol). Y por doquier imágenes de reptiles de todas dimensiones. Habría mucho que decir sobre ese simbolismo obsesivo de la serpiente. El sentido cosmológico me parece evidente: la noche antes de la creación, la fertilidad, el nacimiento y el renacer... Escribo estas líneas a toda prisa, en el patio del restaurante Villas Arqueológicas, junto a su piscina rodeada de muros amarillos. Los niños juegan bajo los parasoles, entre inmensos floreros. Esperamos la hora de la cena. Me siento desabrido, melancólico, tanto lamento que no nos podamos quedar aquí dos o tres días más. Cada quien podría, así, a su hora preferida, amanecer o crepúsculo, volver a sus "ruinas preferidas".

Chichén Itzá, 20 de diciembre

Ayer por la noche, bajo los haces luminosos diversamente coloreados del espectáculo de Luz y Sonido, vi la trama iconográfica del Cuadrángulo de las Monjas. Por fortuna, el comentario que acompañaba al espectáculo era claro y desprovisto de pretensión. Comprendía algunos aspectos del ritual

en honor del dios Chaac, sobre un fondo de melodías extrañas y desconocidas, puntuadas de golpes de gong y aires de flauta. Después del espectáculo, volvemos por el bosque a los poderosos senderos de la selva.

Partimos esta mañana con el mismo chofer que nos llevó ayer a Uxmal. Atravesamos algunas localidades más o menos importantes. Algunas se amontonan sobre una plaza bien conservada, con árboles centenarios frente a una iglesia. Otras congregan toda suerte de casitas, cabañas perdidas entre la vegetación, las trepadoras y las buganvillas. Después de tres horas de camino llegamos a Chichén Itzá y nos instalamos en el Hotel Mayaland, situado en medio de un jardín tropical. Paul consigue un bungalow al fondo del parque; dos recámaras con terraza, a la sombra de grandes ár-



Chichén-itzá

boles en flor. Ningún vecino inmediato —el bungalow más próximo está a unos veinte metros. De tiempo en tiempo los pájaros dejan oír su grito metálico. Ocultos entre las ramas, permanecen invisibles. Experimento una alegría intensa al pasear a lo largo de senderos que serpentean entre la vegetación y al intentar identificar las flores tropicales que brotan entre las piedras.

Hacia el mediodía, primera visita a las ruinas. El conjunto comienza a unos cientos de metros del hotel, a ambos lados de la carretera. Progresamos con lentitud, pues la circulación es densa. En las cercanías de la entrada, vendedores de *souvenirs*, de limonada y de *coca-cola* ofrecen sus mercancías a los turistas de toda edad.

A través de los libros yo me había ya hecho una idea de Chichén Itzá, y además me había procurado un álbum con reproducciones. Pero sólo un fotógrafo con genio podría captar el secreto de los vestigios arqueológicos, y sobre todo los de la América Central. Por ejemplo esta inmensa, extraordinaria pirámide que domina el paisaje y se sitúa en medio de un plano desnudo, con excepción de un solo árbol justo al

lado del monumento. La pirámide consta de nueve plataformas superpuestas. Sobre cada una de las caras, mirando los cuatro puntos cardinales, una escalera de piedra de acceso a la cima donde se encuentra el santuario del dios Kukulkán. Mientras escuchaba las explicaciones del guía, ojeaba mi libro para asegurarme y tomaba notas en mi cuaderno. Me parece inútil retranscribirlas aquí.

No olvidaré esa plataforma donde son conservados, como morrillos en un muro, los cráneos de las víctimas ofrecidas en sacrificio; ni ese esqueleto con una serpiente alrededor de las piernas, ni esa gran área rectangular para celebrar el juego de pelota, de noventa metros de largo por treinta de ancho, rodeada de muros de doce metros de altura, sobre los cuales se instalaban los espectadores. Es la más grande área ceremonial de este tipo. Son numerosas: yo he visto la de Uxmal y, en 1969, las de Monte Albán y Xochicalco. Se han encontrado en muchos centros ceremoniales y figuran en diversos manuscritos que se han podido conservar. Es muy probable que la lucha entre los dos equipos que disputaban la partida simbolizara la confrontación de fuerzas antagónicas, o dicho de otro modo, la dialéctica creadora apta para asegurar la continuidad de la vida cíclica. Pero habría tanto qué decir —el simbolismo de este juego me parece tan inexpresable...

Es de señalar también la acústica excepcional: un simple murmullo en uno de los extremos del recinto se escucha a setenta metros...

El nombre dado a otra gran construcción testimonia la ingenuidad y el "provincianismo" de sus descubridores. Cuando ellos se apercebieron de este caserón de setenta metros por treinta y cinco de ancho, sus innumerables recámaras, escaleras esculpidas y puertas decoradas de jeroglíficos, los soldados de Francisco Montejo creyeron que se trataba de un monasterio de mujeres, y de allí el nombre de "Las Monjas" que le dieron y que conserva.

Recorremos algunos cientos de metros entre los árboles malos para ir a ver el pequeño lago de extraña belleza que se extiende a unos veinte metros al pie de las rocas.

Al regresar atravesamos la carretera y penetramos en otra parte del sitio arqueológico. Antes de llegar a los primeros monumentos descubiertos, es preciso atravesar el bosque durante un gran tramo. Yo continúo tomando notas en mi cuaderno, pero tengo miedo de no poder releerme, tanto he abreviado las palabras escritas a lápiz.

Desde lo alto de la plataforma de uno de los templos, vemos nuestro hotel. Nos parece muy próximo: pareciera estar a menos de un kilómetro, y decidimos regresar a través de la selva. Esperamos encontrar un sendero que nos lleve a la carretera. Pero al cabo de media hora de camino nos damos cuenta de que nos extraviamos. Después de reposar bajo un cedro gigante, desandamos el camino.

No olvidaré el fin de ese día en el patio del hotel. El silencio del parque no es turbado sino por el murmullo de la fuente. Permanecemos largo tiempo conversando en la terraza de nuestro bungalow.

Isla de las Mujeres, 20 de diciembre

Tres horas de carretera. Pasamos Valladolid, primera capital de Yucatán. Parque magnífico, y, naturalmente, una iglesia de un bellissimo estilo colonial.

Llegamos frente al océano y a tiempo apenas para tomar el barco hacia esa famosa "Isla de las mujeres". Al frente se perciben aún las palmeras de la orilla que acabamos de de-

jar. Será preciso que me informe sobre esta isla para saber a qué debe su nombre. A nuestro descenso nos ofrecen diferentes paseos en canoa de motor, pero nuestro único deseo es encontrar un lugar para desayunar. Se nos indica un pequeño restaurante cercano, que da sobre el puerto. Hacemos nuestra mejor comida desde que estamos en Yucatán: las langostas son la especialidad de la isla. Rara vez hemos comido mejores y cuestan mucho menos que una comida mediocre en Mérida.

Enseguida, damos un paseo a pie por las calles vecinas al puerto. Muchos restaurantes printorescos, infinidad de casas pintadas de colores claros, y por todas partes flores o árboles en flor. Los "artistas" abundan: talleres improvisados y tenduchos ofrecen multitud de cuadros. Aquí, la luz me

travesía de pie. Numerosos grupos de sudamericanos jóvenes, ruidosos, desbordantes de alegría. Las palmeras de la orilla se ven desde lejos, bañadas por la luz del atardecer.

Regresamos con delicia a nuestro hotel Mayaland. Por la noche releo mis notas y las transcribo.

México, 24 de diciembre

No tenemos medio de obtener la dirección ni el número de teléfono de Eric T. Llamamos a N. Petra, pero en vano.

Por la mañana, visitamos el Museo Nacional de Antropología. Permanecemos allí hasta la hora de cerrar. Sin duda alguna, es en su género uno de los museos más bellos y mejor concebidos. Es suficiente mirar con un poco de atención las colecciones expuestas, en orden cronológico, a través de una docena de salas, y leer las breves notas explicativas para tener ya una idea de la historia, no obstante complicada, de esas civilizaciones mesoamericanas aún muy poco conocidas. Tomo notas en mi cuaderno y al margen del excelente catálogo del museo, escrito por Ignacio Bernal, su director.

Lo que es a la vez fascinante y misterioso es comprobar la decadencia, luego la ruina, de todos los centros de civilización. En una cierta época, comprendida entre el año 200 antes de Cristo y el 150 después, las poblaciones del Valle de México comienzan a parecerse a Teotihuacan, centro ceremonial renombrado, donde están edificadas, entre otras, las pirámides del Sol y de la Luna. La época de gloria de esta nueva síntesis cultural va del año 350 al 650. Esta época es seguida de una decadencia. Teotihuacan cae en manos de tribus "primitivas" que vienen del norte, y la ciudad es destruida. Sin embargo, con el tiempo, los vencedores se dejaron civilizar por los vencidos, o toltecas, es decir "los artistas y los sabios" en la lengua de los conquistadores. La nueva civilización sincretista dura del 900 al 1200, cuando nuevas hordas descienden del norte, los aztecas o *mexica*. (Al principio se les llamaba *chichimecas*, es decir "nómadas".) No hablaré de la fundación mítica de su metrópoli Tenochtitlan, en 1325: el dios Huitzilopochtli había ordenado edificar el centro ceremonial alrededor de donde se viera a un águila devorar una serpiente.

Llegado al hotel, me doy cuenta de que no tomé ninguna nota sobre las diferentes fases de la civilización maya, que sin embargo marcó con su huella a todo Yucatán y Guatemala. Es sin duda la más innovadora de todas las culturas mesoamericanas y la que alimentaba un apasionado interés por la cronología, la astronomía, las matemáticas y la música. Más importante aún, ciertas poblaciones mayas sobreviven hasta nuestros días y preservan algo de su cultura original. Algunos "enigmas" podrían sin duda ser elucidados con la ayuda de las tradiciones orales de sus últimos representantes.

Cenamos en uno de los raros restaurantes abiertos en esta noche de navidad antes de asistir a la misa de medianoche. La inmensa catedral está atestada: flores, luces, olores de incienso...

Ciudad de Guatemala, 26 de diciembre

Siguiendo el consejo de nuestro chofer, nos hemos levantado al alba para ir al aeropuerto antes de que hubiera demasiada gente. A pesar de ello, los corredores están ya repletos y hay una cola enorme ante el mostrador donde debemos confirmar nuestro vuelo y registrar nuestro equipaje. Felizmente, Paul estaba con nosotros... Sin él habríamos tenido que re-



Chichen-itzá, detalle de guerrero y serpiente

parece más bella que en el continente, sobre todo más dorada, como en una Provenza legendaria...

Paseo en una lancha de motor equipada con un cristal que permite ver el fondo del mar. Los peces que se ven son de todas clases y tamaños. Cuando se arrojan trozos de pan al mar, se acercan en masa sobre el casco, los más grandes cazan a los más pequeños en un tropel irrefrenable.

Vemos, bordeando la costa, villas de estilo colonial. La carretera fue hábilmente trazada, entre la playa y la selva. Atravesamos enseguida una suerte de estrecho entre grandes rocas y el jardín de una suntuosa villa con playa privada y desembarcadero. Es para preguntarse quién podrá vivir allí.

Con frecuencia, nuestro piloto para el motor de la embarcación. Estamos sobre un banco de peces. Se presentan por miles, los unos contra los otros, y permanecen casi inmóviles. No comprendemos qué ha podido provocar tal aglomeración de peces adultos, pero se nos dice que la pesca está prohibida por los alrededores. Una vez más llegamos justo a tiempo para tomar el barco. Está repleto y debemos hacer la



Uxmal, detalle de la fachada del Cuadrángulo de las Monjas (edificio occidental)

gresar a nuestro hotel y pasar el resto de nuestras vacaciones en México.

El temblor de tierra del año pasado arrasó la ciudad de Guatemala. Las aceras se hundieron y algunos barrios hacen pensar en una ciudad bombardeada. Desde el avión vimos las cabañas y campamentos en los que miles de gente sin abrigo encuentran refugio. Me pregunto si la suciedad que invade nuestro barrio es también consecuencia del temblor. Después de pasear durante media hora regresamos al hotel. Felizmente, se trata del Hotel Colonial, vieja morada patricia notable por su frescura y calma, con patio, fuente y un loro en una inmensa jaula. Paso la mayor parte de la siesta en revisar mi cartapacio de notas sobre las religiones mesoamericanas.

A la caída de la noche la ciudad pasa por una metamorfosis. Salimos al azar por las callejuelas cercanas al hotel y llegamos a un parque, débilmente iluminado pero aún lleno de animación. A cada paso los vendedores nos ofrecen golosinas, chucherías y "recuerdos". La mayor parte son niños, viejos y hombres sin edad.

Excelente cena en un restaurante español. El patio donde se encuentran las mesas atestadas está rodeado de cuartos transformados en comedor. Nos conducen a uno que tiene ya una mesa ocupada. Nuestro servidor es un hombre que arrastra un poco los pies y no deja de sonreír. Atrae la simpatía y seguro que le hubiera encantado a Ramón del Valle Inclán.

Tikal, 27 de diciembre

Llegamos al aeropuerto antes de las seis de la mañana y nuestro avión no despegó sino dos horas más tarde. Tikal parece estar envuelta en bruma. Nuestro pequeño avión —que tiene sólo veinticuatro asientos— sobrevuela montañas cubiertas de selva, luego inicia un descenso brutal y aterriza sobre una pista minúscula al borde de la jungla y a unos cientos de metros de Jungla Lodge, donde debemos pasar la noche. En cuanto caminamos bajo los árboles tropicales de diferentes clases —palmeras, caobas, chicozapotes, cedros— con sus lianas colgantes, experimento una extraña impresión en la que la melancolía se mezcla a la euforia: me siento transportado cincuenta años atrás, a diciembre de 1928, época de mi primer contacto con la jungla, que fue la de Ceylán, a algunos kilómetros de Colombo. Escucho con embeleso los gritos y los chillidos de los pájaros exóticos y alcanzo a ver algunos en lo alto de los árboles. Puedo incluso identificar algunas especies: papagayos (*Chatilla tropical*), *Paurake* (o "Pucuyo").

Dejamos el equipaje en el hotel y partimos hacia las ruinas. Nuestro guía es una joven norteamericana, probablemente estudiante de antropología, muy simpática. Camina llevando en la mano un bastón muy largo y delgado, como los pastores del antiguo Oriente, del que se sirve para indicarnos algunos detalles de los monumentos. Se expresa con claridad, sin énfasis e incluso con cierto humor. Avanzamos con lentitud entre árboles gigantes, por senderos invadidos de hierbas y lianas, mientras escuchamos la "introducción general" proporcionada por nuestra guía con mucho tacto. Ella no nos conoce e ignora lo que puede interesarnos. A sus ojos nosotros no somos sino "turistas norteamericanos" igual que otros.

Por su conducto nos enteramos de que Tikal estaba habitado en el siglo VI antes de Cristo, aunque ningún edificio de la época se haya conservado. Los mayas acostumbraban de-

moler las viejas construcciones para edificar nuevas en el mismo emplazamiento. En los comienzos de la era cristiana, lo que se conoce hoy como *Plaza Mayor* tenía ya el aspecto que conservaría durante siglos, con sus plataformas y gradieros tan característicos. La época Clásica, dice nuestra estudiante, se extiende desde el año 290 a 900. Fue seguida de una época Postclásica. Como algunos de entre nosotros mostraron signos de impaciencia, nuestra guía se da prisa en concluir: la mayor parte de los edificios datan de la época Clásica y más exactamente de su segunda mitad, entre el 550 y el 900. Es también la época en que Copán y Palenque conocieron su hora de gloria. Posteriormente algo ocurrió, sin duda un acontecimiento que ningún arqueólogo ha podido esclarecer, y la creatividad de la cultura Tikal se extenuó bruscamente. Una parte de la población vive todavía en el lugar y continúa celebrando los cultos tradicionales en los templos y altares de la *Plaza Mayor*.

Pero el grupo comienza a dispersarse. Nuestra guía da vueltas a su bastón haciendo señal de reunirse y nos conduce a la *Plaza Mayor*. Pasamos ante diferentes monumentos para detenernos frente al templo llamado del "Jaguar gigante" o Templo No. I, según las guías. ¡El aspecto es extraordinario! Fue edificado en piedra calcárea en el transcurso del siglo I de nuestra era. Una base piramidal de nueve gradas —pues para los mayas el número 9 tenía carácter sagrado— sostiene una plataforma sobre la que se levanta un templo compuesto de tres salas. En la cima del templo, a cincuenta metros sobre el suelo de la plaza, se encuentra un edificio multicolor, desgraciadamente en ruinas, en forma de trono. Se accede a la puerta del templo por una escalera de piedra de extraordinaria pendiente, impresionante.

La *Plaza Mayor* está conformada por un gran número de templos y monumentos diversos apiñados alrededor del templo del Jaguar gigante. Jamás he visto tantas construcciones sobre un espacio tan restringido. La impresión que se desprende es tanto más fuerte cuanto que esta "ciudad muerta" está rodeada por todas partes por una jungla espesa, alta, enmarañada de árboles, lianas y viñas salvajes.

La historia de este centro ceremonial es aún mal conocida. Algunos sabios dudan incluso que llegue a conocerse jamás. Hoy, se piensa que Tikal fue una ciudad residencial, efectivamente. En todo el alrededor, en un radio de cuatro kilómetros, se han descubierto plataformas que habrían podido servir de asiento a casas de piedra o madera, y sus autores, que apenas habrán sobrepasado los cincuenta mil habitantes, han debido habitar esta zona de varios kilómetros cuadrados. De no ser así, ¿cómo habrían podido edificar estos templos y pirámides? ¿Quién hubiera transportado las piedras necesarias para su construcción? ¿Y dónde hubieran podido vivir los artesanos que han decorado y esculpido las fachadas? Habrán sido necesarios, por otra parte, varios miles de personas para proveer la alimentación, cultivar los campos y cuidar el ganado y las aves de corral.

Se nos dice que no es posible dar un solo paso sin caminar sobre vestigios de moradas en ruinas y otros monumentos enterrados bajo el suelo desde siglos. Las excavaciones tardaron ochenta años. La menor pirámide, una vez liberada de la vegetación que la recubre y penetra, debe ser restaurada, consolidada con hormigón. Después hay que defenderla permanentemente de la jungla, la lluvia, los temblores de tierra. Se han rescatado hasta la fecha miles de objetos diversos: herramientas, hachas, objetos de culto y de ornato, y un millón de fragmentos de barro y cerámica, material indispensable para reconstruir la cronología.

Yo sabía de antemano que nos harían falta al menos tres días completos para visitar los monumentos más importantes. Dejamos para el día siguiente la visita de algunos de ellos. Hoy nos contentamos, después de haber visto innumerables ruinas, con contemplar a placer la Acrópolis Norte. De todos los monumentos desenterrados hasta el presente, es éste en donde el emplazamiento es más complejo. Su plataforma terminal está situada a unos quince metros sobre el nivel de la plaza. La visión que se desprende es aún más impresionante después de saber que no se trata sino de la última de las acrópolis que se edificaron en el mismo emplazamiento. Y de las cuales se ha inventariado una buena docena. Se descubrieron los vestigios de un centenar de construcciones anteriores bajo la masa de este conjunto arquitectónico; los más antiguos datan del siglo II antes de Cristo. Tenemos tiempo de admirar algunas estelas cubiertas de jeroglíficos.

Regresamos a Jungla Lodge hacia el fin de la tarde. Los pájaros nos aturden con sus gritos. Avanzamos bajo los árboles, la nariz al aire, con el fin de verlos ascender en vuelo. Para mi gran pena y la de Christinel, no hemos visto aún esos pequeños monos extraordinarios llamados *spider monkeys*.

Después de haber cenado (muy mal, por otra parte) en el restaurante del hotel, esperamos la caída de la noche sentados en grandes sillas de dura madera, prodigiosamente incómodas, bajo el umbral de la "choza" en la cual dormiremos. Se trata de hecho de una especie de granja de unos veinte metros de largo, con techo de enramada ligada con mimbre. Las recámaras están separadas por delgadas paredes de celosía.

Tikal, 28 de diciembre

Noche inolvidable (¡al menos para mí!). Es la primera que paso en la jungla después de cincuenta años. Me acuerdo también de mi *kutiar* en la ribera del Ganges, en Rishikesh, en los Himalaya, donde viví desde el otoño de 1930 hasta la primavera de 1931.

"Se oía la respiración de la noche, enorme, femenina".* He releído esta frase de Octavio Paz (*Arenas movedizas*) hace tres días en el avión.

Nos levantamos temprano con el fin de visitar algunos de los monumentos vistos de lejos ayer, así como el pequeño pero muy precioso museo construido al borde del la jungla, y en él pasamos una hora. Tomo nota sobre nota en mi cuaderno, indicaciones bibliográficas sobre todo.

Paul me ha regalado un libro: *The birds of Tikal*, de Frank B. Smith. En el pequeño avión que nos llevaba a Guatemala, pasé el tiempo ojeándolo, con tanto deleite como pena. Sobre las doscientas especies que figuran en el libro, reproducidas en color, no vi sino doce o quince en total. Claro que yo no tenía gemelos, al contrario de la vieja norteamericana que vimos ayer al crepúsculo, que atisbaba los pájaros posados en lo alto de los árboles más frondosos y articulaba sus nombres en voz baja cada vez que identificaba a uno de ellos.

De todos modos, mi vista ha bajado considerablemente desde hace dos años. Un principio de cataratas, ha dicho el especialista que vi en París y que trató de detener el proceso recetándome gotas y medicamentos que tomo regularmente sin resultado apreciable. Me aseguró sin embargo que podría leer sin demasiado daño. "Que es lo más importante para usted", me ha dicho ¡sonriendo! Yo había tenido la de-

safortunada idea de culparlo. Y heme aquí mientras tanto abriendo desmesuradamente los ojos para poder ver las imágenes del libro sobre pájaros de Frank Smith, los mismos que ayer todavía escuchaba piar y gritar en la selva, y que incluso hubiera podido ver si a la miopía de mi adolescencia no hubiera venido a agregarse este principio de catarata.

Antigua, 29 de diciembre

Mañana serena y luminosa. Desde nuestro automóvil el volcán se ve siempre. Se diría que fuma, si se lo viera superficialmente. En realidad la cumbre está rodeada por un delgado penacho de nubes.

Desde nuestra llegada a Antigua (Guatemala) fuimos a visitar las ruinas del monasterio de los Capuchinos, demolido en sus tres cuartas partes por el temblor del 29 de julio de 1773 que destruyó la ciudad. En 1775 el rey de España hizo edificar una nueva ciudad, a salvo del volcán. Esa ciudad fue Guatemala, que desde entonces es la capital del país.

Raras son las ciudades que tuvieron destino tan trágico como la de Santiago de los Caballeros de Guatemala, fundada por Pedro de Alvarado al pie del volcán de Agua. En la noche del 15 de septiembre de 1541, catorce años después de la fundación de la ciudad y poco después de haber sabido que Pedro había muerto en México y que su viuda, doña Beatriz, que se había proclamado regente en lugar suyo, ordenó pintar de negro todos los muros interiores y exteriores del palacio de gobierno, numerosos incendios iluminaron la ciudad por todas partes. Lluvias torrenciales se abatieron después durante tres días. Fueron seguidas por un temblor de tierra que sacudió la ciudad y abrió el cráter del volcán. El agua que se había acumulado se extendió por la planicie. Santiago de los Caballeros desapareció. Muchos de aquellos que no perecieron bajo los escombros murieron ahogados. Doña Beatriz estaba entre las víctimas. Se encontró su cuerpo con las manos cerradas sobre un crucifijo. Reinó tan solo dos días.

El Consejo de la ciudad decidió edificar entonces una nueva Santiago, no lejos de la primera. La ciudad fue fundada oficialmente el 16 de marzo de 1543, y se levantó una nueva catedral. La hija natural de Alvarado, doña Leonor Alvarado Xicotenati, que había escapado por milagro del cataclismo, ordenó construir los sarcófagos para sepultar los restos de su padre y de su madrastra y los hizo enmurallar en la nueva catedral. Algún tiempo después el muro se hundió y las osamentas desaparecieron, perdidas entre el polvo de las ruinas.

Erramos melancólicos por lo que fue en otro tiempo el célebre monasterio de los Capuchinos. Por fortuna, el sol hace brillar con todos sus fuegos a las buganvillas. Se dirían racimos de luz, unos escarlata, otros malva. Penetramos en un patio circular y vemos las celdas de los monjes ("viejos monjes", precisa nuestra guía). Después descendemos a las cuevas que servían de depósitos de harina, de vino y aceite, y visitamos también la cripta. Regresamos a la luz entre macizos de flores resplandecientes llamadas "pascua", y echamos un último vistazo a los escaparates que contienen objetos descubiertos en las ruinas: antiguas cerámicas provenientes de España, Francia y China.

Llegamos a la Plaza, que rodea, a la sombra de grandes árboles, antiguas casas coloniales y restaurantes. Descubrimos al fin lo que hace el encanto de Antigua. Comprendo ahora por qué tantos artistas y escritores han escogido vivir

* En español en el original. Con la traducción al pie de página: "On entend respirer la nuit, de son haleine puissante, feminine". (N. del E.).

allí. Antigua es quizá una de las ciudades de América Central donde la luz, la vegetación lujuriantes y la belleza de las casas hacen olvidar la melancolía de las ruinas y la cercanía del volcán. Desayunamos bajo las arcadas y después volvemos a la Plaza. Sentados en un banco, a dos pasos de la fuente de la Sirena, pienso que me gustaría quedarme aquí muchos días y sobre todo muchas noches para contemplar esta misma fuente al claro de luna...

Al mediodía fuimos a visitar San Carlos Borromeo, la antigua universidad convertida en Museo Colonial. Grandes salas muy frescas con muros cubiertos por cuadros barrocos. Admirable retrato de una santa que yo desconocía: santa Clarisa. Atravesamos el claustro, donde el jardín florido se adorna con su tradicional fuente, y penetramos en la sala donde se conserva la más antigua imprenta de la ciudad. En los aparadores se exhiben libros impresos aquí hace trescientos años. Los caracteres son más netos y el papel está en mejor estado que el de muchos libros impresos en Europa en el último siglo.

Un paseo de algunos kilómetros a través de la selva nos lleva a los talleres de San Felipe de Jesús, donde se fabrican objetos de plata. Miramos a los artesanos trabajar. Como en todas partes, están encantados de ser admirados y verse fotografiados. En el patio, sombreado por árboles venerables y majestuosos, los turistas norteamericanos comparan sus compras.

Después, por una ruta devastada por el último temblor, vamos a San Antonio Aguas Calientes, pequeño pueblo ocupado casi únicamente por tejedores. Chales, vestidos, telas de colores violentos, pero que no desentonan. La pequeña iglesia fue destruida por el temblor de 1977. A la luz del crepúsculo, parece hacernos la señal de acercarnos a sus ruinas y adivinar su mensaje. Pero ¿cómo podríamos descifrarlo? Sabemos tan sólo que se trata de un presagio.

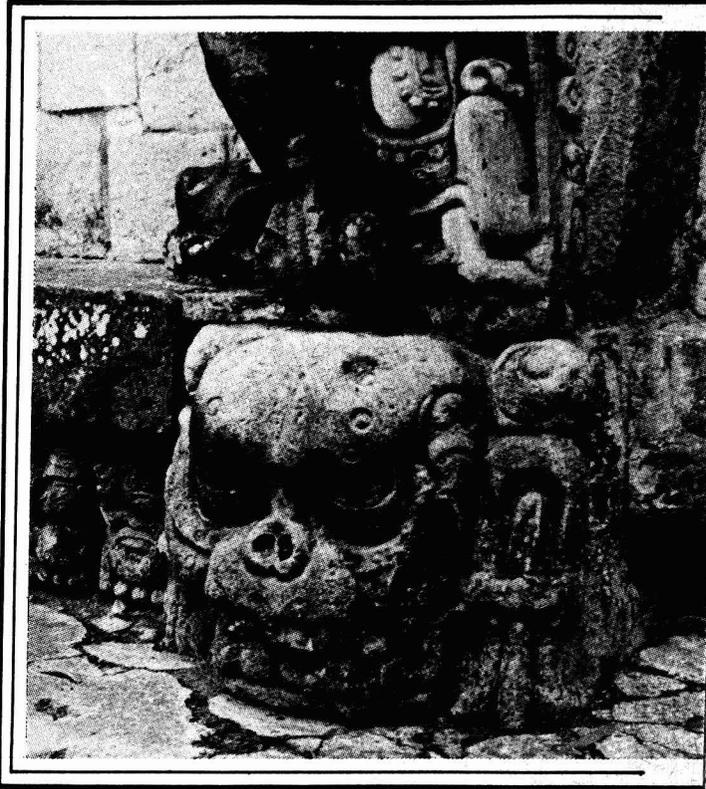
Copán, 30 de diciembre

Escribo estas líneas a toda prisa, sentado sobre una gran piedra, mientras el guía hace a nuestro grupo el relato de las excavaciones. Hemos dejado Guatemala esta mañana a las seis y después de cuatro horas de ruta a través de montes y selvas llegamos a la frontera con Honduras. No bien desaparece nuestro guía en el puesto fronterizo para hacer visar nuestros pasaportes, cuando se procede al ritual de la desinfección de nuestro coche, tanto del interior como de afuera. Rodamos después por un camino completamente lleno de baches, pero lo que siguió ha sobrepasado nuestras previsiones más pesimistas. Que nuestro coche pudiera todavía avanzar en tales condiciones tenía algo de milagroso. Precisamos más de una hora para recorrer los quince kilómetros que nos separan de Copán.

Sucede que apenas llegamos, fatiga y enervamiento desaparecen como por encanto. La selva donde se hallan las ruinas se parece a las de los cuentos de hadas. Somos recibidos por tres inmensos loros abigarrados de azul, rojo y amarillo, después avanzamos entre árboles gigantescos, los mismos que, después de haber sepultado las ruinas bajo sus ramas, las harán resurgir a la superficie, pero dislocadas. Dado que el sitio de Copán está aún inexplorado en sus tres cuartas partes, es posible preguntarse cuántos de estos árboles sobrevivirán a las excavaciones arqueológicas. Sus raíces, después de haber roto o desunido las bases de los monumentos, han llevado las piedras a la superficie, de donde han rodado hasta el valle. Ninguno de los edificios enterrados a medias

en el suelo podrá ser descubierto y restaurado —o más precisamente “remontado”— sin sacrificar los árboles que los asaltan.

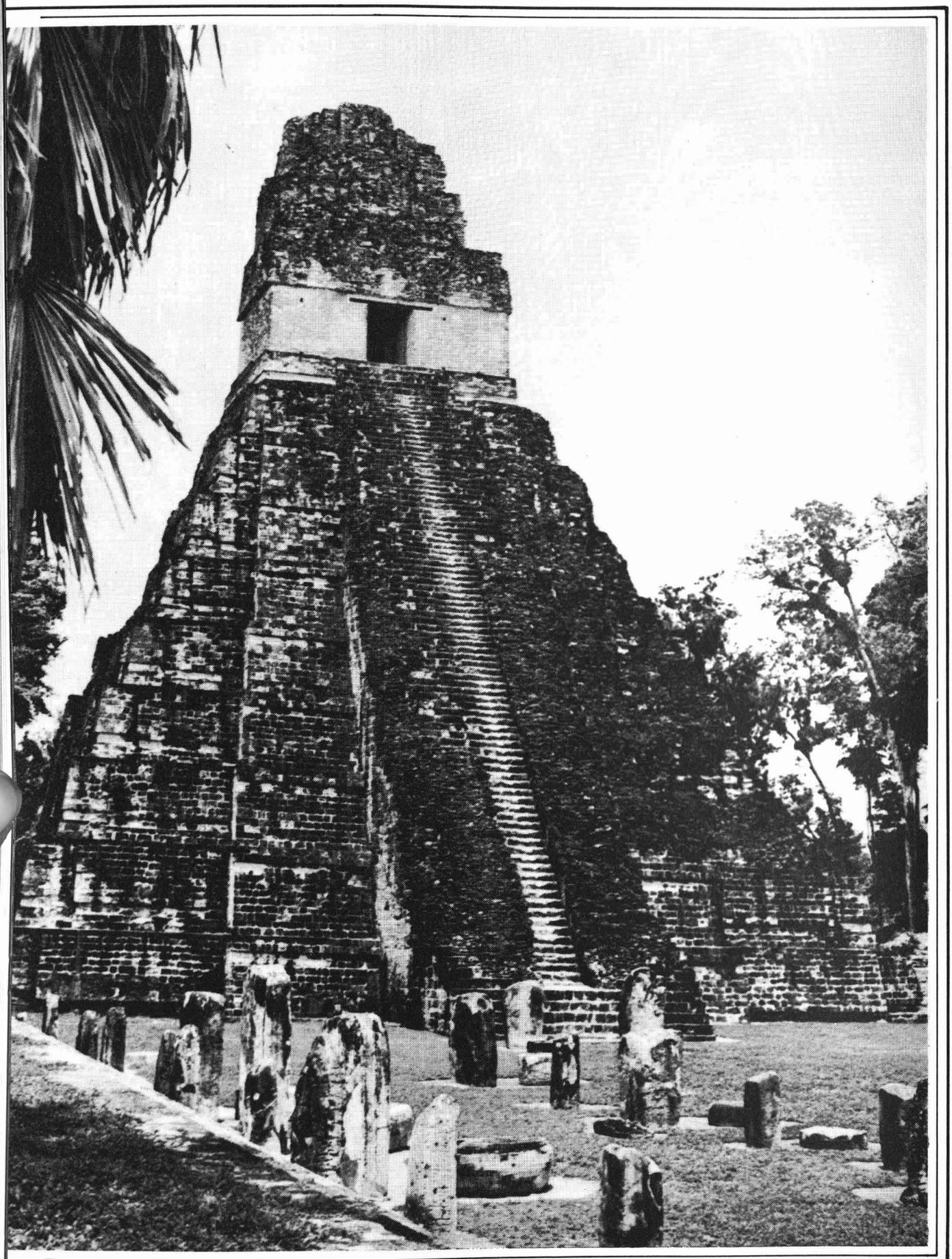
El templo de siete gradas es el primero que vemos desde que entramos en la selva. Sus dos figuras antropomorfas... pero renuncio a copiar las notas de mi cuaderno. Inmensa piedra redonda grabada de signos y cálculos astronómicos. Altares en forma de inmensos tambores de piedra. Remontamos las pendientes por difíciles senderos que serpentean entre los árboles con el objeto de ver otros monumentos, otras estelas de bajorrelieves. Después descendemos por caminos muy abruptos, pues toda la región fue erosionada por las aguas y no es más que una sucesión de barrancos. Las lluvias torrenciales obstaculizan considerablemente la ex-



Copán, detalle de cráneo humano

ploración del sitio. “¡Mucha agua, mucha agua!”, repite el guía. Hacemos alto ante una estela (estela H) erigida en honor de quizá la única mujer que reinó sobre una población maya (será preciso que lo verifique en Chicago). Y claro está, la explanada del juego de pelota. Después doy con otra gran estela, la B, que, personalmente, me intriga en exceso. Se ve ahí, de perfil, un animal en verdad enigmático. Algunos autores creyeron ver en él un elefante con su trompa. Pero jamás hubo elefantes en el continente americano. Esta figura, afirman los partidarios del “difusionismo”, según el cual la civilización mesoamericana era de origen asiático, aportaría la prueba de que los mayas habían guardado la memoria —muy confusa a decir verdad— de su primera patria: Asia... Al pie de la estela, un árbol cuyo tronco mide tres metros de diámetro. Es siempre el mismo drama: los árboles han traído los monumentos a la superficie del suelo, pero son los mismos árboles quienes los han destruido.

Regresamos a la caída de la noche. Antes que nuestro coche inicie su descenso al valle percibimos de lejos las luces de la ciudad de Guatemala. Mientras viajamos recuerdo esa tarde de verano de 1930 en Calcuta, cuando yo leía en la Bi-



Tikal, templo del "Gran jaguar"

biblioteca Imperial *Elefantes y antropólogos*, de George Elliott-Smith, libro de título deliberadamente agresivo que le fue sugerido por el monumento que acabábamos de ver. Elliott-Smith argüía, en efecto, la presencia del “elefante” de Copán para apoyar su tesis difusionista. El libro era absurdo, pero magistralmente escrito. A propósito de lo mismo: otras imágenes indias me vienen a la memoria, pero estoy muy fatigado para anotarlas.

Chichicastenango, 31 de diciembre

Tres horas de automóvil, pero esta vez sobre buenas carreteras. No bien dejamos la ciudad de Guatemala, el paisaje cambia bruscamente. Vastas colinas alternan con valles profundos y luego se ven a lo lejos los tres volcanes. Uno de ellos, el de Agua, el más peligroso, deja escapar un tenue penacho de humo. En este aire tan límpido, en este cielo tan luminoso, parece casi irreal, sobre todo cuando se lo ve bruscamente al rodear la selva...

Llegamos a Chichicastenango poco antes de la hora del desayuno y vamos directamente a visitar la iglesia de Santo Tomás. En el atrio, racimos de indios queman incienso y recitan plegarias a los dioses y a los ancestros. La gran misa no se celebra aquí sino en determinadas fiestas. El domingo no se celebra sino una sola misa, a las siete de la mañana. Hoy es domingo, y hasta la puesta del sol, la iglesia queda a disposición de los indígenas aún no convertidos o en quienes la conversión no es muy profunda. Los hombres y las viudas son los únicos admitidos en el ritual. En el largo espacio que separa las hileras de bancos, entre cirios encendidos, algunos hombres y dos viudas que tienen a sus niños de la mano recitan plegarias en voz alta, como si estuvieran solos, en memoria de sus muertos y de sus “santos protectores”. Se expresan rara vez en español —lo hacen en su lengua, el *quiché*.

Tomé la otra noche, y no sólo en mi cuaderno habitual, algunas notas sobre esta pequeña ciudad, célebre sin embargo en su género. Pues Chichicastenango es aún sede de un “gobierno separado” perteneciente a los indios y que tiene por únicas atribuciones la defensa de los intereses de la comunidad indígena. Aparte de ese gobierno existe una organización religiosa común, las *confradías*, o cofradías, consagradas cada una a un santo. Esas cofradías, igual que los “especialistas en plegarias”, los *chuchkajau*, tienen más lugar en la vida religiosa de la comunidad que la Iglesia católica. Los niños son bautizados en la iglesia, pero fuera de las bodas y de los entierros son los *chuchkajau* quienes offician. De las catorce *confradías* con que cuenta la ciudad, la más importante es la de Santo Tomás, patrón de la ciudad. En ocasión de la fiesta de uno de los santos patrones, su estatua es llevada en procesión a través de la ciudad y alojada en el domicilio del nuevo jefe de la cofradía. Éste debe entonces ofrecer un festín que le supondrá un gasto mayor que lo que podrá obtener en un año.

Pero es el papel atribuido a los “especialistas en plegarias” el que da al sincretismo religioso todo su sentido. Ellos sirven de intermediarios entre los individuos y sus santos o “ídolos”. Las ceremonias tienen lugar en la iglesia. Los santos y los ídolos, es decir las divinidades indígenas, son reputados por mostrar más solicitud por todo lo que concierne a la vida cotidiana que a Dios mismo, y escuchar las voces de cada uno en la medida de lo posible. Este ejemplo ilustra en sí mismo uno de los aspectos más importantes en la historia de las religiones.

La feria de Chichicastenango, ya célebre antes de la llegada de los españoles, está en pleno. Dos docenas de avenidas han surgido entre sus tiendas y abrigos, con escaparates que

alinean en un muro continuo camisas, vestidos, rebozos, pañuelos, todo flotando al viento y ondulando de un extremo al otro donde un turista extiende la mano para palpar una tela. Todo recuerda a un bazar oriental, y más cuando se está bajo una sábana o en una tienda para ponerse al abrigo del sol, entre dos *negocios*.

Nos abrimos penosamente camino entre grupos compactos de turistas. Vienen de todas partes, de los Estados Unidos, claro, pero también de América del Sur, de Europa e incluso de Asia. Al lado de los *negocios* de textiles hay otros expendios al ras del suelo. Los vendedores expenden frutos, limonada, *tortillas*, mazorcas de maíz cocido y muchas otras vituallas desconocidas para nosotros. De tiempo en tiempo, un tendido ofrece horrosos cromos de tema vagamente —o agresivamente— religioso.

Al cabo de una media hora no puedo más. Me separo del grupo y me dirijo al “sector” donde se vende cerámica y objetos más o menos decorativos. Se extiende unas decenas de metros cuadrados enteramente recubierto de alfarería, de sillas y de toda clase de vasos. Al lado descubro un pequeño parque, con un estanque en medio de una palmera gigante, donde retozan numerosos pájaros. Su canto es entrecortado por los gruñidos agudos de unos cerdos que sus compradores cargan sobre los brazos o en la espalda con una cuerda.

Desayunamos en el hotel Tulkah. Los salones de descanso están colmados de turistas. Hay otras salas en el piso muy pintoresco, con su escalera de madera y sus balaustradas floridas. Una orquesta local toca en el patio y algunas vendedoras han sido autorizadas a exponer su mercancía sobre la hierba, a pleno sol. Dos horas más tarde regresamos a la feria. Simone y Paul regresan cargados de regalos para los niños y los amigos: sombreros de paja, tejidos, rebozos, todo a granel en dos inmensas redes.

Escribo estas líneas sentado frente a una mesa del hotel, aprovechando la hora vacía de turistas, mientras espero el coche que debe conducirnos a Los Encuentros.

Panajachel, 1 de enero de 1979

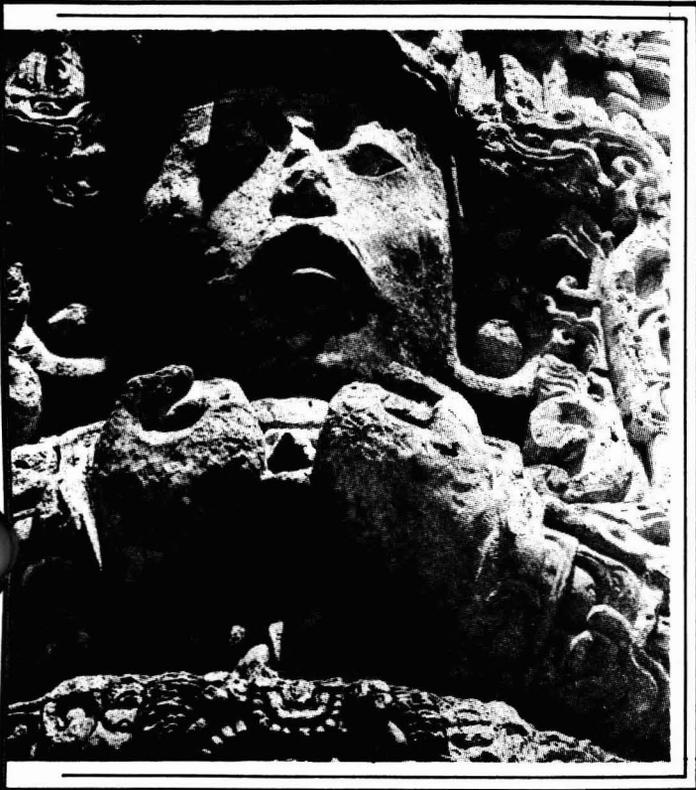
Tomamos ayer por la tarde el camión de las cinco. Parada en Los Encuentros, desde donde vemos a lo lejos, abajo de nosotros, el lago de Atitlán. Un taxi nos lleva enseguida por la carretera de Sololá. Atravesamos vastas extensiones de café mientras miramos la puesta del sol. A las siete estamos en Panajachel, pequeña población al borde del lago. Llegamos al “mini-hotel” Riva Bella. Se trata de una media docena de bungalows, de dos recámaras cada uno, en medio de una vegetación lujuriante, de árboles cargados de flores, y de ramos de buganvillas y de hibiscus que yo no había descubierto esta mañana.

Cenamos en un restaurante pintoresco y divertido, La Laguna, a cargo de dos jóvenes ingleses. No lejos de allí, las explosiones de petardos se hacen cada vez más frecuentes a medida que se acerca la medianoche. De regreso a nuestro hotel, hacia las once, la verdadera fiesta comienza: fuegos de artificio (que miramos desde nuestra ventana), innumerables petardos y sirenas de bomberos. No había incendio, pero así lo establece la costumbre local: en toda la celebración, motociclistas y bomberos son parte de las fiestas.

Despertamos con el canto de los pájaros y desayunamos bajo árboles colmados de flores. Panajachel, fundada en 1547, cuenta apenas con cuatro mil habitantes, todos más o menos tributarios de las plantaciones de café y del cultivo de hortalizas. El turismo podría muy bien convertirse en la actividad principal. La calle donde se encuentra nuestro motel-

restaurante-jardín, alberga ocho o nueve establecimientos análogos y otros más están en construcción.

Luego vamos al lago. Vi en la guía que la palabra Atitlán significa en náhuatl "lugar de abundante agua". El lago no está sino a unos doscientos metros de nuestro hotel, pero se encuentra oculto por las ricas villas que rodean ambos lados de la calle que nos lleva a él. Las detonaciones se dejan escuchar cada vez más, igual que las ristas de petardos. Los transistores tienen también su parte. Sus poseedores son por lo general "campesinos", que hablan nahuatl y parecen muy orgullosos de poseer un aparato semejante. No hará falta más que una generación para que el estrépito invada al mundo. Me pregunto si algún gobierno tendrá algún día el valor de poner un término. Un régimen "socialista", tal vez...



Copán, detalle de una estela

Enseguida el lago se revela a nosotros en toda su belleza. Donde nos encontramos, la playa está ya invadida por turistas de los hoteles que bordean el lago, entre los cuales se desliza también gente del país. Las mujeres llevan aún el tradicional *huipil* rojo y enaguas azules. Algunos hombres lucen una especie de blusa cortada en manta y pantalones blancos.

No nos cansamos de contemplar el lago. Lo veremos más tarde, hacia el mediodía, pero desde otros puntos de vista y apartados de la muchedumbre. Vemos barcas y una embarcación que lo atraviesa de un lado a otro dos veces por día; pero la excursión dura seis horas y debemos renunciar.

Aldous Huxley pretendía que el lago Atitlán es el más bello del mundo. Al llegar el crepúsculo aún lo contemplamos, sentados en un jardín, bajo las enormes buganvillas. Escribo estas notas para no ceder a la tristeza que experimento cuando sé que debo arrancarme de mi encantamiento, pues dentro de una hora el taxi vendrá por nosotros para llevarnos a la ciudad de Guatemala.

Ciudad de Guatemala, 2 de enero

En mi carpeta de notas y fichas sobre las religiones mesoa-

mericanas, encuentro las fotocopias de algunas páginas de *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan* (12a. edición, Nueva York, 1958), donde el autor, John Stephens, cuenta su llegada a Copán: "Pregunté enseguida por el lugar en que se encontraban las ruinas, pero nadie supo indicarnos su emplazamiento. Se nos aconseja ir a la hacienda de Don Gregorio...". Después de mucho hablar, Stephens terminó por adquirir toda la parte de la selva que albergaba las ruinas, por entonces medio enterradas bajo la arena, o dislocadas por los árboles y sus raíces, tan vigorosas como devastadoras. Y Stephens prosigue: "El lugar que ocupa Copán me costó cincuenta dólares. No hubo ninguna discusión sobre el precio. Yo había hecho la oferta y don Gregorio la aceptó de inmediato persuadido de que yo era un tonto. Ofrecer más no hubiera podido sino acentuar a sus ojos mi incurable tontería".

He aquí una página que habla del descubrimiento y exploración de las ruinas: "El lugar era totalmente inexplorado. Nada aún se había escrito sobre él, y no había nadie para guiarme. El terreno era completamente virgen. No era posible ver más allá de algunos metros e ignorábamos los obstáculos que habríamos de encontrar. Un día debimos hacer alto para cortar la vegetación que disimulaba la fachada de un monumento y después fue preciso cavar por varias partes y sacar un pilar esculpido que emergía apenas del suelo. Ansioso, me inclinaba sobre él, reteniendo mi aliento mientras los indios trabajaban y desenterraban una oreja, un pie, un fragmento de rostro. Cuando la hoja de sus grandes cuchillos chocaba con la piedra pulida, les pedía que se apartaran y quitaba yo mismo la tierra con la mano. La belleza de las esculturas, el religioso silencio de la selva, tan sólo entrecortado por el grito de los simios y los loros, la soledad absoluta del lugar y la misteriosa atmósfera que se desprendía, todo era incomparablemente más fascinante que cuanto haya podido experimentar en las canteras arqueológicas del Viejo Mundo."

Acabo de saber que, según datos cronológicos descifrados en las estelas y altares, la historia de Copán está comprendida entre los años 465 y 800, época durante la cual el calendario fue perfeccionado y la astronomía hizo progresos considerables, sin hablar del esplendor del arte decorativo que transfigura algunos monumentos y los hace parecer flores de piedra. Posteriormente, por razones desconocidas, los monumentos siguientes al año 800 dejan de ser datados como era hasta entonces costumbre. Desde esa época la civilización de Copán entra en decadencia para posteriormente desaparecer.

Ese escenario, donde se asiste sucesivamente al nacimiento, a la ascensión, al periodo de gloria, después a una decadencia brutal y enigmática, y finalmente a la desaparición de toda una civilización, se repite aparentemente por todas partes de la América Central.

Ciudad de Guatemala, 3 de enero

Esta noche tuve un sueño extraño. Un desconocido, al que distingo apenas, pues me encuentro en un corredor estrecho y sombrío, me muestra un gran cubo lleno de agua sucia y me precisa que no va a ponerlo en mi camino. Después me venda los ojos. Precaución inútil, pues mientras lo escuchaba mis ojos estaban como recubiertos de bruma y no veía casi nada. Los muros, el cubo, el mismo misterioso personaje, se perdían en la bruma. ¿Pero quién era este último? Un ser querido, aparentemente, hacia el cual me sentía cada vez más ligado, como a un maestro o un amigo. Él me había pe-

dido que avanzara directo frente a mí, con rapidez, pero a pequeños trancos, sin detenerme a palpar el terreno bajo mis pies. Se trataba, claro está, de una prueba iniciática, pues volcar el cubo o meter tan sólo el pie hubiera significado mi "pérdida". Pero ignoraba cómo traducir esta "pérdida" para mi entendimiento.

Recuerdo que él golpea entre sí sus manos y me grita: "¡Anda!" Con el corazón batiente, me dispongo a avanzar, como me lo ha pedido, con pequeños pasos rápidos. No recuerdo lo que ocurre después.

En Chicago, la tempestad de nieve se acrecienta después de varios días. El aeropuerto será cerrado, con seguridad.

Acabo de saber la noticia de la muerte de Roger Caillois. Una hemorragia cerebral se lo ha llevado a la edad de sesen-

por las mariposas. Fue por su esposa que supimos que un día Roger Caillois asistió, como representante de la UNESCO, a la inauguración de un Instituto en un país oriental. En el parque del nuevo establecimiento, mientras la fanfarria tocaba el himno nacional en presencia de los oficiales y el cuerpo diplomático, una mariposa se paseó ante sus ojos. Como se tratara de una especie que faltaba en su colección, Caillois, abandonando a los notables estupefactos, se precipitó en su búsqueda...

Ciudad de Guatemala, 4 de enero

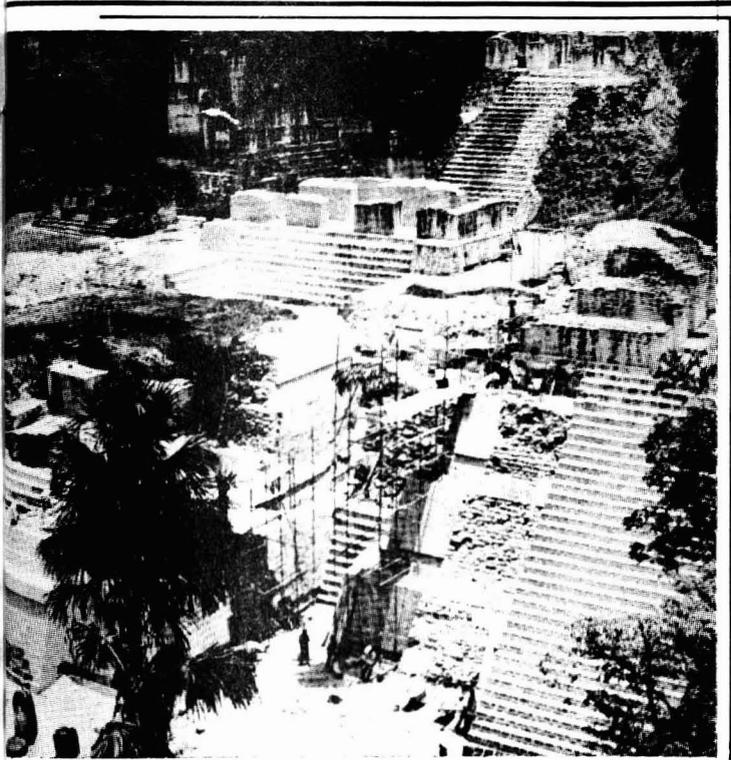
Paso casi toda la jornada en mi recámara transcribiendo mis notas de las que muchas, tomadas a la carrera, con un pedazo de lápiz, son ya ilegibles.

El sábado próximo estaremos de vuelta en Chicago. El aeropuerto está cerrado pero tenemos aún dos días por delante. El martes por la tarde reanudaré mi seminario con Wendy O'Flaherty sobre *Le Livre des Rois*. Como de costumbre, en lugar de sumergirme en el legajo Shah-Nameh que tuve la precaución de traer conmigo, me abandono a mis recuerdos (¡que aquellos que puedan resistir la tentación de revivir los grandes descubrimientos de su juventud y su adolescencia me arrojen la primera piedra!). Era mi primer viaje a Italia, organizado por mi Liceo, en la primavera de 1926. Un *wagon-lit* especialmente fletado nos condujo de Bucarest a Nápoles, ida y vuelta, por dos itinerarios diferentes. Fue en Venecia que descubrí, en una librería, los ocho volúmenes de *Il Libro dei Re*, en la traducción de Italo Pizzi. Durante nuestro periplo, leí los dos primeros tomos, deslumbrado, pero a disgusto, pues la traducción estaba en verso. Desde nuestro regreso, yo había retomado la lectura, pero no creo haber franqueado el tomo IV. Debía releer *El Libro de los Reyes* del todo esta vez, cinco o seis años más tarde, en la traducción francesa de Jules Mohl. ¡Y qué decir de ese *Manuale di Lingua Persiana* de Pizzi! Hice un día su elogio ante Luciano Bogdanov, y conseguí incluso hacerlo reír, a él, que reía tan raramente.

—¿Cómo puedes tú, decía, preconizar con tanto ardor la gramática de una lengua de la que no tienes sino vagos rudimentos?

Respondí embarazado arguyendo el fervor, la casi voluptuosidad que había experimentado mientras leía el libro. Aquel mediodía, en la sala de la Biblioteca de la Sociedad Asiática de Calcuta, Bogdanov me propuso aprender el persa "rápido y bien". No pudo hacerlo sino durante dos meses, al cabo de los cuales tuvo que regresar a Rumania. Es verdaderamente extraño que me acuerde bruscamente de Bogdanov y de sus lecciones de persa, de las que no quedó gran cosa. Pensar que desde entonces han pasado cuarenta y siete años... Pero es aun más extraño que esos recuerdos no estén acompañados por la menor melancolía. Todo lo que me ha acontecido después, cuanto he aprendido, pero también olvidado, todo lo que he podido desear, todo lo que he soñado, ha quedado grabado en alguna parte, en mi memoria, pero en lo más profundo de mí.

Es por eso quizá que escribo estas líneas sin la menor amargura. *Todo lo que me concierne verdaderamente* lo he sabido guardar. Nada se ha perdido. Sin la menor amargura, sin duda, pero no sin una cierta pena. Bastaría en efecto que un pequeño electrodo, se me ha dicho, penetrara en cierta porción de mi cerebro para que todo un aspecto de mi pasado regresara, intacto, a la memoria, *hasta en sus más ínfimos detalles*. Y si eso debe ocurrirme...



Tikal, la acrópolis norte

ta y cinco años. Es por su pequeño libro, *El hombre y lo sagrado*, que oí hablar por primera vez de él en Lisboa, en 1942, y después por sus artículos sobre "Los Demonios del mediodía", en la *Revue de l'histoire des religions*. Yo lo conocí en casa de Georges Dumézil, creo, en 1946. Envidiaba su cultura enciclopédica y, sobre todo, su coraje para abordar todos los temas: papel religioso del verdugo, literatura fantástica, novela policial, cristales y minerales, etcétera. Fue el primer traductor de Borges, y el que hizo, más que ningún otro, conocer su obra en Europa.

Recuerdo nuestro encuentro en Roma, en 1955, a la salida del Congreso de Historia de las Religiones. Una noche en la que cenamos los cuatro en un restaurante, me dijo cuánto se sentía a la vez desconcertado y divertido por mi obstinación en usar el término "historia y fenomenología de las religiones". En los medios universitarios franceses, decía él, la expresión "historia —comparada o no— de las religiones" tiene mala prensa. Mejor valdría utilizar los términos "sociología de las religiones" o "antropología religiosa", y entonces todas las puertas se abrirían ante mí.

Entomólogo ferviente, alimentaba una verdadera pasión